

HUELLAS

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD DEL NORTE



Una visión de la cultura Caribe • Cepeda Samudio: ¿origen de la literatura neo-colombiana? • Prosperidad de milagro en Barranquilla • El asunto de la identidad caribeña

Una visión de la cultura Caribe*

Jesús Ferro Bayona

Suele decirse, en el lenguaje oficial, que Colombia tiene costas en los dos océanos, el Atlántico y el Pacífico. Pero, ¿será cierto que los costeños miramos hacia el océano Atlántico? ¿No será, más bien, que, al levantarnos cada mañana, lo que vemos detrás del río Magdalena y bajo la silueta azulosa de la Sierra Nevada es el mar Caribe? Como para confundir las certidumbres, hallé en un mapa, dibujado en tiempos de la Nueva Granada, que, frente a la costa nuestra, estaba escrito Mar de las Antillas, una verdad de brújula del siglo XIX.

La cuenca del Caribe comprende, en sentido lato, tanto el golfo de México como el mar de las Antillas con sus islas mayores y menores que separan al océano Atlántico del mar Caribe. El barón de Humboldt lo vio así, y al llamarlo Mediterráneo de las Mil Bocas, abarcaba con su mente de geógrafo las islas y cayos que se desprenden de La Florida y se extienden al este como un arco templado a los vientos para venir a descansar en los litorales de Venezuela, Colombia y Centroamérica. Nosotros estamos ahí, bordeando ese relieve de las Antillas, que es también el mar Caribe, en un espacio cultural que nos abre a la diversidad y a la solidaridad.

Ese es el fundamento geográfico de nuestra visión de la cultura caribe. Nada nos asegura, sin embargo, que nosotros tengamos una comprensión completa de la pertenencia, así sea evidente que somos habitantes que pueblan las costas del Caribe. Se dan tantos parecidos en medio de la proximidad geográfica, que puede confundirnos cuando saltamos de las playas de Ciénaga a las de Trinidad, en donde encontramos similares

condiciones de clima y la vegetación exuberante; si no es que creemos estar en Puerto Colombia, cuando nos sirven un plato de arroz con pescado frito y tajaditas de plátano en San Pedro de Macorís, en la República Dominicana.

Aun cuando la similitud de nuestras identidades caribeñas no pueda ocultar la rica diversidad y originalidad de los pueblos que habitan el mar Caribe, lo cierto es que existen elementos comunes de la cultura que nos hacen sentirnos más familiares oyendo tocar un piano en el viejo San Juan que escuchando el rasgar de un tiple en un restaurante santafereño.

La cultura caribe nos acoge y nos ofrece una residencia por encima de las diversidades. Pero no podemos entenderla si no navegamos primero entre los elementos del paisaje, que son los que brindan mayor precisión a la identidad. En esa perspectiva, el Caribe serían sabores, sensaciones, perfumes y emociones que salen de la quintaesencia de su reino vegetal y de sus profundidades marinas. La mirada se nos pierde entre los cuentos de su pasado para fijarnos en el sabor de un agua que no queremos olvidar, como lo propone Saint-John Perse: "Entonces te bañaban en aguas-hojas-verdes, olor de vetiver; y era todavía agua de sol verde; y las sirvientas de tu madre, altas mulatas relucientes, agitaban sus piernas cálidas cerca de ti que te estremeabas..."

Por esa preeminencia de los sentidos, prefiero entrar al Caribe en la nave que se acerca por entre el mar de los Sargazos, haciendo maniobras para no chocar con las islas, recogiendo los perfumes de rosas y el vaho que descende de las selvas pegadas a los morros, mientras el recuerdo del Colón de los primeros días maravillosos del descubrimiento deja

* Texto presentado por el rector de la Universidad del Norte en el Foro de la Cultura que organizó en Barranquilla la campaña presidencial de Ernesto Samper, 29 de abril 1994.

volver la visión de “los árboles muy verdes y muy altos, y aguas muchas y frutas de muchas maneras” que acabaron de darle una sustancia a las ensoñaciones de la *Imago mundi* que Pedro de Ailly había sembrado en su mente navegadora.

Cuando el mundo occidental lamenta la socavación de la naturaleza, y la explotación de todo eso que llaman los recursos no renovables, apelar a la cultura del Caribe es volver la mirada a lo que nos identifica para recobrar el secreto de estas tierras por donde comenzó el Nuevo Mundo.

Está en la geografía, en la que pintó Alejandro Obregón con su trópico de fogaje que penetra los silencios de luz, se mete por los caños y manglares, para encontrar los elementos culturales que nos definen: barracudas y mojarras, caimanes apesadumbrados, flores tórridas, camarones inermes, aves que caen al mar, garzas desorientadas, un tau-ro virgo, el gavilán pollero, la lluvia, el mar, la magia del Caribe con sus náufragos y sus volcanes sumergidos.

Por todas partes está presente la música, a la que Carpentier llama el denominador común de estas tierras caribes. Puede ser la música del *son* o del *bolero* cubanos en su larga evolución, como puede ser el *merengue* dominicano; y también el *calipso* de Barbados y Trinidad, o el *reggae* de San Andrés y Providencia; puede ser la *beguines* de

Point-à-Pitre o Fort-de-France, así como nuestra música afro-caribe, de tambora y flauta de millo, nuestro *porro* y nuestra *cumbia*.

Están las palabras del exotismo caribe que al pasar al poema se convierten en islas que se desprenden del continente, para que Aquiles pueda cantar, en un hotelito de suburbio tropical, los primeros versos de la *Odisea* de Derek Walcott. Están las palabras que todos hablamos para significar nuestro mundo caribe sensual, luminoso, fresco como las trinitarias y ardiente como las arenas del mar. Es una civilización que se extiende por toda la cuenca del Caribe llena de fantasía y sin acabar de entender la pesada racionalidad de sus héroes cuando viajan por Europa, como en el cuento de García Márquez, *El rastro de tu sangre en la nieve*: nosotros no entendemos que la ducha esté en el extremo de un largo corredor, que no se pueda uno bañar dos o más veces al día como en nuestra tierra, y que hay que ir a los retretes bajo la nieve.

La cultura del Caribe se arraiga con firmeza en su territorio, alza el vuelo en la plataforma de sus bahías y en la infinidad de ciénagas que convierten el entorno en una civilización del agua, cuelga de la vegetación se canta en la música y los poemas, se cuenta en las leyendas y novelas, se desborda de colores en la pintura. La cultura del Caribe se halla en la gente, en el modo de ser y de sentir



costeños, unas veces melancólico en los crepúsculos de nuestros muertos, otras veces festivo en el goce del amor y en la agitación de los cuerpos cuando se baila, siempre sensual y también espiritual a través de los ritos de la vida, que aquí siguen el ritmo del mar o la creciente de los ríos.

La cultura del Caribe superó la fase del descubrimiento, sobrepasó la necesidad de ser inventada, encontró su propio meridiano. Lo que falta es darle más espacio, crearles a sus gentes mayores posibilidades de comunicación, de divulgación, de proyección nacional e internacional, fomentar el talento que se encuentra por todas partes sin posi-

bilidades de salir, hacerle una apertura que no se quede en porcentajes de exportación sino que se convierta en oportunidades para que podamos expresar por medio de la música, del teatro, de la comedia, del cine, de la literatura, del arte, la riqueza variopinta de una tierra y unas gentes que nacimos para alcanzar un gran destino histórico.

La cultura del Caribe necesita una política oficial de mayor fomento e inversión presupuestal, para que resuenen por todas partes de la nación colombiana las palabras de Heráclito: "Entrad con confianza, porque aquí también los dioses están presentes."

